«¡Ay! El mundo en su falsía
»aumentará mi delito,
»vertiendo en el alma mía
»la duda de lo infinito.
»Triste, errante y moribundo
»sigo el ignoto sendero,
»sin encontrar en el mundo
»un amigo verdadero.
»¡Todo es falsedad, mentira!
»¡En vano busco la calma!
»¡Son las cuerdas de mi lira
»sensibles fibras del alma!
»El mundo, en su loco anhelo,
»me empuja hacia el hondo abismo.
»¡Dudo de Dios y del cielo,
»y hasta dudo de mí mismo!
»¡Esta existencia me hastía!
»¡Nada en el mundo es verdad!..»

. . . . . .

¡Y todo esto lo decía
á los quince años de edad!
Francamente, yo no sé
cómo algún lector sensato
no me pegó un puntapié
por necio y por mentecato.

—

Por fortuna, ya no siento
aquellas melancolías,
ni doy á nadie tormento
con vanas filosofías.
Ya no me meto en honduras,
ni hablo de llantos y penas,
ni canto mis amarguras,
ni las desdichas ajenas.
He cambiado de tal modo,
que soy otro diferente;
pues hoy me río de todo,
¡y me va perfectamente!

TAL PARA CUAL

—¡Estoy muy mal, Nicanor!
—¡Pues yo no estoy bien, Severo!
—¡A mí me embarga el dolor!
—¡Y á mí me embarga el casero,
que es muchísimo peor!

¡PROSA! ¡PROSA!

Es costumbre muy usada
por algunos escritores,
al dirigirse á su amada,
hablar de los ruiseñores,
de los ríos, de las flores...
y por fin no decir nada.
¡Qué bobada!
¿Para qué esa tontería?
¡No, señor!
¡Ménos, ménos poesía,
y más, mucho más amor!

—

Hay poeta sin fortuna
que al describir su pasión,
habla del fiero aquilón,
de los rayos de la luna,
de la pálida laguna
—espejo donde se mira

la hermosa entre las hermosas—
y en fin, de otras muchas cosas...
y casi todas mentira.
¡Y así escriben á su amada!
¡Qué bobada!
¡Más que pasión es manía!
¡Sí, señor!
¡Ménos, ménos poesía,
y más, mucho más amor!

—

Si tú, querida lectora,
que oyes estas reflexiones,
te encuentras sin relaciones...
por ahora.
Si con verdad como un templo
no te he parecido adusto,
y, por ejemplo, te gusto,
ó te gusto sin ejemplo.
No habrá néctar, ni ambrosía
en nuestro amor, no, señor;
pero tendrás, vida mía,
un amor al por mayor,
por la noche y por el día.
¡Que es mejor
poca, poca poesía,
pero mucho, mucho amor!

—

Yo te querré porque sí;
mas tén presente que no
te llamaré nunca hurí,
ni ángel, ni cosas que yo
oigo llamar por ahí.
Si eres mujer al querer,
y yo tengo estas ideas,
y te quiero por mujer,
¿á qué compararte á un sér
que yo no quiero que seas?
Si eres, por mi suerte, hermosa,
te llamaré hermosa en prosa,
que la prosa es mi manía.
¡Sí, señor!
¡Poca, poca poesía;
pero mucho, mucho amor!

—

¡Vamos á ver! ¿Para qué
decir en tono sensible
que es una almendra tu pié,
cuando eso es un imposible?
¿A qué decir que tus ojos
tienen tan vivos destellos
que al mismo sol dan enojos,
si el sol no se ocupa de ellos?

¿A qué ser un zascandíl
siguiendo de otros el rastro,
diciendo en tono febríl
que es tu cuello de alabastro
y tus manos de marfil?
¿A qué engañar á las gentes,
si no hay persona formal
que crea en seres vivientes
que tengan perlas por dientes
y los labios de coral?
¡Nada de eso!
Pues fuera una tontería,
siendo tú de carne y hueso,
por fortuna tuya y mía.
¡Sí, señor!
¡No me pidas poesía,
pero, en cambio, pide amor!

MISTERIOS DEL CORAZÓN

HISTORIETA

En Madrid Clara vivía,
(chica muy guapa por cierto);
un muchacho la quería,
pero el pobre no tenía
sobre qué caerse muerto.
Unos dos años y pico
fueron amantes felices;
mas ¡ay! como no era rico,
Clara le dió al pobre chico
con la puerta en las narices.
Tal resolución tomó,
porque el amor es muy vario,
y como sólo aspiró
á ser rica, se casó
con un viejo millonario.
Ansiando gloria y honores,
despreció bienes mejores,

sin ver que, para su mal,
era el tálamo nupcial
la cuna de sus dolores.
Mucho la amaba el esposo;
pero viejo y achacoso
de su casa no salía,
y de su esposa celoso,
encerrada la tenía.
Dueña de joyas y encajes
y de lujosos carruajes,
no pudo salir jamás
á provocar con sus trajes
la envidia de las demás.
Con vida tan aburrida,
la puso enferma el hastío;
y temiendo por su vida,
mandó llamar en seguida
á un médico amigo mío.
Fué el doctor, y no acertaba
á darse una explicación
de los síntomas que hallaba;
más la enferma se llevaba
las manos al corazón.
—«¡Aquí, dijo, está mi mal!»
Aplicó el doctor su oído
y exclamó al fin:—«¡Voto á tal!
No se escucha ni un latido
en la región precordial!»

En situación tan cruel,
dándose el hombre á Luzbél
y porque el mal fuera á menos,
citó á junta, y tres galenos
lo mismo opinaron que él.
Después de mucho observar,
dijeron:—«¡Podrá curar
si logramos que se duerma!»
¡Y tanto durmió la enferma,
que no ha vuelto á despertar!
Los médicos se asustaron;
del vulgo el fallo temieron;
de su proceder dudaron;
la autopsia, al fin, practicaron
y de sus dudas salieron.
Que al hacer la operación
con la angustia que me explico,
en lugar de corazón
hallaron ¡oh, admiración!
¡¡dos onzas y un perro chico!!
Monedas que guarda ahora
mi amigo, cual relicario,
con esta inscripción traidora:
«*Corazón de una señora,*
esposa de un millonario.»

VISITAS

I

VISITA DE CUMPLIDO

—¿La Marquesa del Tomillo?
—Sí, señoras.
—¿Está en casa?
—Sí, señoras.
—Sentiremos
muchísimo molestarla...
—Pasen ustedes...
—¿Por dónde?
—Por esta puerta. A la sala.
¿A quién anuncio?
—A su amiga
la señora de Tinajas,
con las niñas.
—Está bien.
Siéntense ustedes.
—Mil gracias.
. . . . . .

—¡Oh, señoras!
—¡Oh, Marquesa!
—¡Tanto gusto en saludarlas!
¿Qué tal?
—Bien, ¿y usted?
—Muy bien.
¿Y las niñas?
—Muy bien, gracias.
—¡Qué monas están! ¡Qué monas!
—Marquesa...
—Pero ¡qué guapas!
—Es favor que usted les hace.
—(¡Qué espantajo de muchachas!)
¡Cuánto agradezco que ustedes
vengan á honrar esta casa!
—¡Oh, no! Marquesa. Nosotras
somos aquí las honradas.
—¡Eso no! ¡De ningún modo!
—Muchas gracias.
—Muchas gracias.
(Un momento de silencio.)
—¿Qué tal el señor Tinajas?
—Gracias. Muy bueno. En la Bolsa.
—¡Ah, vamos!
—Ese se pasa
la vida allí.
—Se comprende.
(Otro momento de pausa.)

—¿Han visto ustedes qué tiempo?
—¡Qué calor!
—¡Si no se aguanta!
—¡Es una cosa terrible!
—¡Es una cosa que aplana!
(Otra pausa. La Marquesa se impacienta en la butaca.)
—Señora, con su permiso...
—¡Cómo! ¿Tan pronto se marchan?
—Tenemos otras visitas...
—Les agradezco en el alma...
Tantas cosas al esposo.
—Gracias.
—Niñas... ¡Abre, Juana!
—¡Oh, no se moleste usted!
—No es molestia.
—Adiós, muchacha.
—Que no me olviden ustedes.
Ya pasaré á visitarlas.
—Cuando usted guste, Marquesa.
¡Retírese usted! ¡No salga!
—¡Adiós!
—¡Adiós!
—¡Adiós, niñas!
—Muchas gracias.
—Muchas gracias.
—(¡Esta familia me aburre!)
—(¡Esta Marquesa me carga!)

II

VISITA DE CONFIANZA

—Buenos días. ¿Está Paco?
—Sí, señor; está en la cama.
—¿En la cama todavía
á las diez de la mañana?
Voy á despertarle.
—Es que...
—¡Quita! Soy de confianza.
¡Hola, chico! ¡Buenos días!
—¿Quién es?
—¡Arriba!
—¿Qué pasa?
—Hombre, ¿no te da vergüenza
dormir á estas horas? ¡Anda!
—Pero, ¿qué quieres? ¿Qué es ello?
—¡Toma! ¿Pues qué ha de ser? Nada.
Que vengo sólo á pedirte
tres duros que me hacen falta.
—¿Tres duros?
—¡Sesenta reales!
—¿Sí? ¡Pues lo siento!
—¡Qué guasa!

—¡No es guasa! ¡Si es que yo estoy
más tronado que las ratas!
—¿De veras?
—¡Y tan de veras!
—¿No tienes algo que valga
la pena de ir á empeñarlo?
—¿Qué he de tener?
—¿Y la capa?
—La empeñé hace cuatro meses.
—¿Y el reló?
—Hace una semana.
—¿Y el gabán de invierno?
—¡Anoche!
—¿Y el dinero?
—¡Santas pascuas!
—¿Qué libro es este?
—Un tratado
de Filosofía.
—Basta.
Teniendo filosofía
se tiene dinero.
—¡Aguarda!
—Lo venderé en seis pesetas.
—Pero, hombre...
—¡Si me hacen falta!
Tengo un compromiso.
—Escucha...
—Entre amigos todo pasa.

—¿Sí? Pues pásame por buenas
estas tres pesetas falsas.
—¿A ver?... ¡Si están amarillas!
—De tristeza.
—Si son malas.
—¡Claro está! Si fueran buenas
no estarían retiradas.
—Vaya. Tengo prisa. ¡Abur!
—¡Pero, hombre, por Dios! ¿Te marchas
con el libro?
—Sí, señor.
Partiremos las ganancias.
—Siendo así...
—Que duermas bien.
—Adiós, chico; muchas gracias.

III

VISITA DE MÉDICO

—Muy buenos días, doctor.
—¿Qué tal la noche?
—¡Muy mala!
—¿A ver el pulso?... ¡Corriente!
¿A ver la hinchazón?... ¡Más franca!

¿A ver el vientre?... ¡Durito!
¿A ver la lengua?... ¡Cargada!
¡Bueno! Siga usted lo mismo.
—Pero, doctor...
—¡Nada, nada!
Las píldoras de hora en hora,
la untura y las cataplasmas.
—Si es que...
—Tengo mucha prisa.
—Pero...
—Adiós, hasta mañana.

IV

VISITA DE PÉSAME

—¡Señora! Créame usted,
que he sentido su desgracia
como usted misma.
—¡Lo creo!
—¡Ay, señora! ¡Es una lástima!
¡Tan bueno! ¡Tan cariñoso!
¡Tan... en fin, tan...!
—¡Muchas gracias!
—¿Quién había de decirnos,

hace diez años, en Játiva,
que él había de morirse
así, tan pronto? ¡Caramba!
Le digo á usted que esta vida
no es más que una pura farsa.
Hoy se encuentra uno tan bueno,
y... ¡zás!... difunto mañana.
—¡Sí, señor! ¡Dice usted bien!
—Pues, señora, nada, nada:
tenga usted fe, fortaleza
y resignación cristiana.
¡Es preciso consolarse!
Enjugue usted esas lágrimas.
—Si no lloro; si es que tengo
una *blefaritis*.
—¡Cáscaras!
¿*Blefaritis*? ¿Y eso, qué es?
—Así creo que lo llama
un joven que es casi médico,
y que es el que me acompaña
desde que el pobre Tiburcio
descansa en paz.
—¡Vaya, vaya!
—¡Ay, si viera usted qué chico
tan guapo! ¡Y tiene una labia!
—¿Sí, eh?
—¡Me distrae tanto!
—¡Lo creo!

—¡Ahí está! ¡Ya llama!
—Vaya, pues, me voy, señora.
Divertirse.
—Muchas gracias.
Vuelva usted á consolarme.
—Ya volveré... (las espaldas.)

EPIGRAMA

Juan á Domingo reñía,
porque nunca trabajaba;
y mientras Juan se enfadaba,
el buen Domingo decía.
—Yo no debo trabajar,
Estoy, Juan, en mi derecho;
pues los *Domingos* se han hecho
sólo para descansar.

TIO Y SOBRINO

I

«Mi querido sobrino:
Acabo de saber, con gran sorpresa,
que estás para casarte con Teresa,
la sobrina del juez de Pumarino.
Tú sabes demasiado
que el Otoño pasado,
ese juez, que es un tío muy grosero,
me condenó á pagar aquel dinero
que yo desde el ochenta le debía
á don José María,
el dueño del molino del Otero.
Sabes perfectamente
lo que entonces de mí dijo la gente,
hasta el punto, sobrino,
de obligarme á marchar de Pumarino
por no sufrir las muchas cuchufletas
del dueño del molino,
que me sacó las cuatro mil pesetas.

¡Todo eso me ha pasado!
Ya comprendes que el juez me ha reventado,
y debes comprender de igual manera
que tu boda me altera;
pues no es justo, hijo mío,
que vayas á elegir por compañera
á la fea sobrina de ese tío.
¡Desiste de esa boda! Yo lo quiero,
¡pues tú me has de heredar al fin y al cabo!
Mas si no me obedeces, como espero,
no pienses en llamarte mi heredero,
¡porque yo no te dejo ni un ochavo!
Sabes que en tus apuros de estudiante
yo te tendí la mano generoso.
Conque lo dicho, dicho, ¡y es bastante!
Tu tío

Sinforoso.»

II

«Mi respetable tío: Hace un momento
que recibí su carta, con sorpresa,
y le aseguro que en el alma siento
que se oponga á mi boda con Teresa.
Me dice usted, airado,
que es sobrina del juez que le ha encausado.

¿Tiene ella alguna culpa? ¡Quiá! ¡Maldita!
¿Qué culpa ha de tener la pobrecita,
si no se mete en cosas del Juzgado?
¿Seré yo, por ventura,
culpable de esa falta? ¡Qué locura!
Si usted, como debía,
hubiera antes pagado ese dinero
á don José María,
el dueño del molino del Otero,
ni el señor juez le hubiera condenado,
ni nada hubiera dicho el del molino,
ni usted se hubiera visto precisado
á tener que salir de Pumarino...
¡Esta es la verdad pura!
¿Le parece usted feo—¡ya lo creo!—
que emplee con mi tío esta frescura?
También á mí me ha parecido feo
el que llame usted fea á mi futura.
¡Llamar fea—¡gran Dios!—á la sobrina
del juez de Pumarino! ¡Quién creyera!...
El juez será lo feo que usted quiera...
¿pero lo que es Teresa?... ¡Si es divina!
Y, aunque no sea hermosa,
á mí me lo parece, y eso basta,
y he de hacerla mi esposa,
por más que usted reniegue de mi casta.
¿Que usted me ha socorrido en mis apuros?
¡No me venga, por Dios, con chanzonetas!

Sólo una vez necesité cien duros,
y usted sólo me dió... ¡cuatro pesetas!
¡El único favor que me ha otorgado!
Favor al que deseo
corresponder como sobrino honrado.
Aprovecho gustoso este correo,
y adjuntas van en sellos de franqueo
esas cuatro pesetas que me ha dado.
¿Que usted me deshereda? ¡Pues, corriente!
En cambio, heredo al juez, y no me pesa;
porque, tío por tío, francamente,
me quedo con el tío de Teresa.
Si juzga usted mi epístola insultante,
usted la culpa se la tiene solo...
Conque lo dicho, dicho, ¡y es bastante!
Su sobrino

Manolo.»

LA CARTERA DEL SIMÓN

En el Rastro, en un rincón,
y entre varias chucherías,
encontré hace pocos días
la cartera de un simón;
donde en torcidos renglones
y robando horas al sueño,
iba apuntando su dueño
sus múltiples impresiones.
Algunas, por lo curiosas,
saltan á primera vista.
Voy á copiar de la lista
las que están menos borrosas.

—

«Entierru de un señurón.
Tómanme dos caballerus,
que deben ser herederus
del que ha dadu el estirón.